

UN VERANO PERDIDO

Victor Pavic Lundberg

Traducción: Julieta Brizzi

MÖTUS

CAPÍTULO 1

ERA EL 2 DE JULIO y en el aire flotaba un malestar ominoso. Esa noche, Danijela Mirković había vuelto a soñar con serpientes negras enroscadas y eso solo podía tener un significado.

Iba a ocurrir algo malo.

Se despertó bañada en sudor frío, salió de la cama enredada entre las sábanas húmedas y se quedó un momento mirando hacia Valhallavägen a través de la ventana entreabierta de su habitación. Trató de convencerse de que, a pesar de todo, sería un bello verano antes de poder volver a dormirse. Más tarde, al mediodía, mientras se daba prisa para cruzar la calle Kungsgatan, logró por primera vez en el día dejar de pensar en lo que podría ocurrir.

Llegó a dar tan solo dos pasos sobre la senda peatonal de Sveavägen y el semáforo peatonal se puso en rojo. Cuando se encendió la luz verde para los coches, levantó la palma de la mano hacia los automovilistas que hacían rugir los motores y esperaban impacientes a que ella pasara. “Si tocas el claxon, te saltaré sobre el capó”, pensó mientras alcanzaba con pasos rápidos la acera opuesta.

Danijela se apresuró más y levantó la mirada. Estocolmo estaba bañada por la luz anaranjada del atardecer. El cartel de neón del cine Rigoletto, que colgaba vertical sobre la fachada del edificio, parecía velado en la neblina. Durante las

últimas semanas, se había instalado sobre Suecia un frente de baja presión. O, mejor dicho, un “calor caribeño”, tal como lo había bautizado el jefe de Danijela, Sigge Classon, en el reporte climático del día anterior. Si estuviera en Croacia, ella lo habría llamado “una simple ola de calor”. Al menos, el pavimento tenía el mismo aspecto que el de su país natal: brillante y pegajoso. En Suecia, nadie podía soportar una temperatura que superara los treinta grados. “Conoce a tu enemigo”, decía siempre papá Josip. Cuando hacía mucho calor, se quedaba en casa con las cortinas cerradas, acompañado por el zumbido de un ventilador de mesa. En Suecia, en cambio, en cuanto empezaba a brillar el sol, todos salían desesperados a broncearse y quedaban cubiertos por quemaduras desparejas de color rosa cerdo. No era extraño que la gente se sintiera desfallecer y se desmayara.

Los jeans negros se le habían pegado a las pantorrillas y a la ingle. Había salido de la redacción vestida con ropa demasiado abrigada, porque no tenían permitido usar pantalones cortos. Gracias a la primicia sobre el accidente de Medborgarplatsen que había publicado el invierno anterior, había recuperado su trabajo como periodista de investigación, un puesto que ni siquiera ella se atrevía a poner en peligro. “Dócil y amable” era ahora su lema, que intentaba cumplir lo mejor que podía.

Sus compañeros habían vuelto a saludarla, y a veces ella era tan amable con la investigadora Katarina Sundman que Sigge las observaba perplejo desde la mesa de redacción. Pero todo eso no le interesaba en lo más mínimo; lo más importante era que Loa Bergman la había perdonado.

Si lo tenía a él, no necesitaba a nadie más.

Danijela se secó el sudor que le perlaba la frente con el dorso de la mano y buscó el teléfono en el bolso Fendi blanco y negro. Estaba llegando veinte minutos tarde.

A algunos metros de allí, la esperaba su hijo Anton

en un restaurante al aire libre de Humlegården. Ya había pasado media hora desde que le había enviado una foto de dos enormes y espumosas cervezas. No le preocupaba que su hijo la considerara como la última de sus opciones para ir a beber un trago. Sus amigos estaban en Gotland o en el mar Mediterráneo. Si George Brink, su exesposo y padre de Anton, no estuviera de viaje como corresponsal en la Costa Este estadounidense, de seguro lo habría invitado a él.

Hasta ayer ni siquiera sabía con exactitud qué día regresaría Anton a Suecia, después de un año en Australia. Durante todo ese tiempo, su relación se había resentido y, cada vez que lo contactaba, sentía que lo molestaba. Por eso, estaba preparada para que Anton cancelara el encuentro, pero la foto que le había enviado era la prueba de que realmente estaba allí.

Las vacaciones no podían comenzar mejor.

En el elevador, mientras salía del edificio del periódico, bloqueó el contacto de Sigge en su teléfono. Si necesitaba algo, encontraría una alternativa para comunicarse con ella. Él normalmente no se tomaba tiempo libre; por eso, siempre existía el riesgo de que le inventara a Danijela alguna tarea, a pesar de que sabía que no le estaba permitido. Solo descansaba cuando el personal de recursos humanos se lo ordenaba. Aun así, se quedaba en su casa conectado al servidor de la redacción, listo para entrar en acción si ocurría algo. Seguía demorando su jubilación.

El sol de la tarde le quemaba la nuca a Danijela. El calor le hacía pensar en todos los días libres que tenía por delante.

Como de costumbre, pasaría esas semanas en su apartamento de Östermalm. Durante el almuerzo, nadie le preguntó qué haría. Todos daban por sentado que viajaba a Croacia cada verano. Existía la idea de que los inmigrantes volvían a su país cada vez que tenían la oportunidad. Estaba más allá de su comprensión el porqué de semejante idea. Ya no tenía ninguna conexión con ese lugar, y la decisión de

no regresar a su país era aún más fuerte después de recibir el email del remitente *Moonlight*. La fotografía del antiguo grupo de guerra era una sofisticada amenaza que insinuaba que alguien la estaba persiguiendo. No había recibido ningún email nuevo en más de un año, pero la preocupación aún perduraba. ¿Era por eso por lo que soñaba con serpientes? ¿Porque el remitente desconocido estaba a punto de hacer una nueva jugada?

Danijela miró hacia El Hongo, el monumento que estaba en el centro de Stureplan, y caminó hacia la senda peatonal. Echó un vistazo rápido hacia la izquierda. La calle estaba vacía, excepto por un coche negro que avanzaba a toda velocidad hacia ella. El logotipo puntiagudo le resultaba conocido.

Un Tesla.

Debía de costar más de un millón de coronas y tenía unas cubiertas que daban vueltas, silenciosas, como ruletas. En el asiento del conductor, solo se distinguía una gorra blanca a través de los cristales polarizados.

De seguro el conductor era un hombre joven y arrogante, pues no hizo ningún intento por disminuir la velocidad. Danijela se enfadó. Esa persona debía aprender el significado de la frase “la prioridad es del peatón”. Dio un paso hacia la calzada tan rápido como antes en Kungsgatan.

Le gustaba escuchar la ensordecedora frenada que sobrevinía cuando lograba demostrar quién era la que estaba al mando. Era su derecho inamovible.

Por el rabillo del ojo vio primero una sombra, luego se escuchó un estruendo y finalmente chillaron los frenos.

Sintió como si alguien le hubiera quitado el suelo debajo de los pies. Un dolor ardiente le recorrió el cuerpo.

Después, solo oscuridad, solo silencio.